

Pandemia, crisis y virtualidad en la posibilidad de transformaciones subjetivas

XIV Jornadas de la Carrera de Sociología - FSOC - UBA

Franco Frenquelli - Maestría de Comunicación y Cultura - FSOC - UBA

Resumen

El escenario de dependencia de conectividad, derivado de las políticas de aislamiento preventivo del COVID-19, es un factor de transformación de las prácticas cotidianas, así como también de intensificación de la tendencia a una comunicación intersubjetiva cada vez más digitalizada. En este contexto los sujetos construyen sus narrativas autobiográficas desde el distanciamiento corporal y simbólico respecto del otro, desde arquitecturas físicas y virtuales que trastocan los límites de lo público y lo privado; en suma, fenómenos que delinean alteraciones en la individualidad, el deseo y la economía libidinal mediada por la comunicación a través de dispositivos móviles. Asimismo, las tensiones coyunturales entre autopreservación y autoconservación (Bleichmar) también plantean condiciones de narración individuales limitadas por el estado de crisis económica, pudiendo así quedar truncos numerosos relatos de construcción identitaria o provocando serios conflictos entre verdades subjetivas y las condiciones objetivas de la realidad. Se perfigura de esta manera un marco propicio para el desarrollo de negacionismos y discursos de odio, que por medio de representaciones denostativas o cancelatorias del otro mantienen el vínculo de “cruel optimismo” (Berlant) del sujeto con su creencia política. En esta línea, la pandemia se presenta como un desencadenante de la agudización de conflictos anteriores, marcados por la impronta de la comunicación digitalizada, que está generando problemas para la construcción de narrativas en común y el funcionamiento de la democracia.

1. Pensar la pandemia en la incertidumbre

A casi 16 meses de la llegada del SARS COV 2, COVID-19 o simplemente coronavirus a la Argentina, hacer reflexiones sobre el antes y el después de la pandemia resulta una tarea incierta. Probablemente mis palabras hubieran sido otras hace 30 días, o distintas hace 60, como también podrán ser una antigüedad en tan solo pares de semanas.

Así, la única certeza que podemos tener está en la experiencia subjetiva de lo vivido, de las transformaciones del tiempo y del espacio devenidas del aislamiento, voluntario u obligatorio. Las formas de afrontar la pandemia, amén de las políticas preventivas impulsadas por el Gobierno Nacional, han tenido aún en el marco de las restricciones un margen de decisión individual, de responsabilidad propia, ante la amenaza contra la integridad física extensible a quienes nos rodean. De allí podemos encontrar la complejidad

de pensar generalidades, regularidades en escenarios sociales fuertemente heterogéneos, donde el territorio pudo haberse disuelto en la virtualidad como también las prioridades.

Estas aclaraciones preliminares no tienen más objetivo que plantear dificultades y justificar el uso de una serie de categorías que pueden servir de ejes para aportar claridad a las reflexiones sobre la pandemia. Así, en primer lugar, pensaremos la arquitectura en su dimensión representacional para buscar una comprensión de la experiencia de la virtualidad, en su lugar de límite entre lo público y lo privado. A partir de esto es que podremos abordar complejidades de la autorepresentación digital, masificada a la fuerza por las medidas preventivas contra la pandemia.

En segundo lugar, tomaremos la tensión entre autopreservación y autoconservación para dimensionar las implicancias que las restricciones de circulación y económicas pueden tener sobre las subjetividades, particularmente en su vínculo con objetos de deseo e identificación.

De este modo, utilizaremos los conceptos de virtualidad y restricción con el fin de acercarnos a una posible visión abarcativa de la experiencia pandémica, probablemente urbana y sesgada desde la individualidad y la inmediatez. Con esto buscaremos pensar en las posibilidades de construcción de narrativas del yo y de reconocimiento de las propias del otro en el particular contexto vivido en el último año y medio.

Finalmente, intentaremos reflexionar acerca del carácter situacional de la subjetividad y de sus posibilidades de transformación ante los cambios súbitos de las condiciones objetivas de existencia, cómo ha sucedido con la pandemia y su interrupción masiva de prácticas, proyectos y expectativas.

2. Reflexiones sobre la virtualidad: Arquitecturas virtuales y narrativas del Yo

En las redes nos autorepresentamos para interactuar con lo que el otro elige (no siempre) mostrarnos. En una creciente cultura de la visualidad, somos y estamos en el plano real, parados o sentados con un celular o una computadora en las manos, mientras también lo hacemos en el mundo digital, siendo observados por otros, ya sea desde la presencia o desde el voyeurismo, que también puede ser panoptismo. Pensar el conjunto de prácticas que pasaron de la presencialidad a la virtualidad durante esta pandemia implica también comprender que el otro se nos presenta desde su representación, despojado de su cuerpo y su humanidad en el contacto, del mismo modo que nosotros lo hacemos, quedando ambos expuestos a la mirada y aprobación o crítica de los demás.

Lo que define el modo en que podemos representarnos en la red es justamente el diseño que la empresa que lucra con la plataforma habilita. Es desde esa arquitectura que se abre un campo de posibilidades de acción para el sujeto, en algunos espacios hasta mayor que en la realidad palpable cotidiana. Cómo y cuán visibles somos, o qué tan cercanos podemos

ser al otro en algún aspecto, es en este sentido una decisión de quien crea el espacio digital.

Así, los trabajos de Beatriz Colomina acerca de la privacidad y publicidad en la arquitectura, si bien están planteados desde la construcción de viviendas y edificios, permiten echar luz sobre las implicancias de la forma del espacio. “Será necesario entender la arquitectura como un sistema de representación o, mejor dicho, como una serie de sistemas de representación que se van superponiendo”, señala (2010), y podemos pensar en las distintas formas en que aparecemos nosotros mismos representados en las plataformas, como puede ser nuestro cuerpo en una foto de perfil, nuestros gustos en etiquetas, textos; en suma, digitalizaciones de nuestro yo que nos definen ante un otro, también sistematizado en su traducción digital.

Nuestra vida diaria está cada vez más mediada por estas tecnologías, trastocando las fronteras entre lo público y lo privado. Así, durante el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO) asistimos por medio de las redes a los espacios privados de amigos, familiares, compañeros de trabajo, artistas, quienes por medio de videollamadas compartían parte de su intimidad, o bien la publicaban en sus redes. Como define Colomina respecto de la arquitectura en la modernidad, hay una publicidad de la privacidad, y en este sentido, “el derecho a la privacidad se ha convertido en el derecho de permanecer fuera de la imagen” (2010), tal como, durante la cuarentena, la privacidad solo se podría obtener estando fuera de línea.

Vivimos desde ya hace una década en un régimen de la visualidad creciente, propuesto por las plataformas, que los usuarios rechazan o aceptan, con sus matices. En este sentido, puede trazarse un paralelo con la comparación que Colomina desarrolla acerca de la arquitectura de Adolf Loos y Le Corbusier: mientras que el primero sostiene que el exterior no debe decir nada acerca del interior, para el segundo el exterior “está inscrito en la vivienda”, por lo que el interior nunca tiene un límite concreto y opuesto al afuera; es posible en esta línea pensar en dos grandes tendencias de los usuarios frente a las posibilidades que la arquitectura de la red social ofrece: se puede mirar contenidos de otros sin publicar nada sobre uno mismo, como también se puede elegir mostrar parte de nuestro interior, de nuestro yo, o al menos una representación.

Colomina se refiere en este punto al sujeto moderno en la escisión entre su vida pública y su privacidad, entre su ser íntimo y su ser social. “Estamos escindidos entre aquello que pensamos y aquello que decimos y hacemos” (2010) afirma, en lo que podemos vincular perfectamente a las posibilidades disociativas del yo que abre la autorepresentación virtual. La metáfora de la máscara surge de esta manera como la referencia a esa diferenciación entre el afuera y el adentro, y la posibilidad de configurar ese afuera de manera arbitraria (2010). Es la máscara, la fachada de la casa o el perfil de la red social lo que establece ese

límite entre lo que se muestra y lo íntimo. “La intimidad no es un espacio, sino una relación entre espacios”, concluye la arquitecta, y vemos con claridad cómo hoy existen distintos tipos de intimidades, algunas invisibles como otras viralizables.

Quedarán en la memoria de muchos algunos hechos más o menos risibles en los que la vida privada se filtró por medio de una cámara o un micrófono de una videoconferencia que se creía apagado. Lo concreto es que un amplio conjunto de prácticas sociales fue mudado a la virtualidad, con las condiciones específicas de privacidad y publicidad que cada plataforma dispone, y en las que los usuarios desarrollaron sus modos de representación para adaptarse a los nuevos entornos y las nuevas formas de sus antiguos lazos sociales.

Este ejercicio de autorepresentación en los límites de la privacidad nos remite inevitablemente al concepto de máscara trabajado por Erving Goffman, bajo la cual los sujetos se autoconstruyen en los distintos ámbitos de la vida social según “el yo que quisieran ser”, para poder desempeñar un rol en la dinámica cotidiana (Goffman, 2003). Es en el desarrollo de dicho rol en el que el sujeto se reconoce a sí mismo, a la vez que desarrolla una máscara, una apariencia, en tanto conceptualización propia. Claro que no se trata de una sola máscara, sino de varias en algún punto distintas, que se utilizan según el contexto y la situación específica, pero bajo las cuales el sujeto construye su personalidad y se descubre a sí mismo, a la vez que es reconocido por los demás.

Pensemos que la medida del ASPO produjo un repentino traslado de la presencialidad a la virtualidad de los roles de alumnos y profesores, de empleados y jefes, de pacientes y profesionales de la salud, de clientes y proveedores, por mencionar solo algunos, que pasaron a representar en sus perfiles, avatares, fondos de videoconferencia o simplemente sus comunicaciones escritas los elementos esenciales que definían el sentido de sus prácticas en la vida *in situ*, para que estas pudieran ser mantenidas desde la mediación digital. En este sentido es que los conceptos de Goffman acerca de las prácticas usuales de autopresentación permiten acercarnos más al desenvolvimiento performático que el sujeto realiza en su cotidianidad, sea o no por medio de la virtualidad, y particularmente dimensionar cómo juega la idealización propia a la hora de presentarse en sociedad. La fachada, combinación entre apariencia y modales que el sociólogo define como “dotación expresiva de tipo corriente empleada intencional o inconscientemente por el individuo durante su actuación” (Goffman, 2003, p. 34), exhibe ante los presentes un status social y el tipo de interacción que el sujeto plantea y ejecuta. Es a partir de esta idea de individuo proyectado hacia el otro en búsqueda de su reconocimiento, que debemos reflexionar sobre los alcances de la idealización del yo a la hora de desarrollar estrategias para obtener dicho reconocimiento.

En sus teorizaciones acerca de la actuación de una rutina por parte del individuo, Goffman señala que este presenta a través de su fachada “algunas exigencias más bien abstractas

sobre el público”, lo que constituye “una forma de ‘socializar’, moldear y modificar una actuación para adecuarla a la comprensión y expectativas de la sociedad en la cual se presenta”. Además, el sociólogo destaca “la tendencia de los actuantes a ofrecer a sus observadores una impresión que es idealizada de diversas maneras”, y agrega: “cuando el individuo se presenta ante otros, su actuación tenderá a incorporar y ejemplificar los valores oficialmente acreditados de la sociedad, tanto más, en realidad, de lo que lo hace su conducta general” (2003, p.47). Así, la perspectiva de Goffman permite dimensionar la idea de actuación y la exhibición de una idealización propia del individuo como parte inherente de la socialización, que es necesario reevaluar a partir de la dinámica propuesta por el vínculo digital.

Pensando en las distintas máscaras que plantea Goffman, es fundamental pensar en hasta qué punto uno moldea la máscara, su autoreconocimiento, y en definitiva la comprensión de las sensaciones que el cuerpo experimenta, a fin de lograr sostener un reconocimiento por parte del otro que permita satisfacer un deseo. No debemos olvidar que lo que se juega en la lucha del reconocimiento es su logro, resaltando que no tenerlo implica la pérdida de la objetivización, que en términos afectivos se experimenta como un verdadero peligro a la existencia. Así, el perfil se presenta como una instancia de validación de lo que creemos ser.

Para profundizar en las implicancias subjetivas de los modos de autorrepresentación, pensando también en la forma que adoptaron en la pandemia, nos interesa retomar dos conceptos trabajados por Axel Honneth en torno a la Teoría del Reconocimiento. Puntualmente referiremos a revisión que hace la idea de “reificación” original de Georg Lukács, filósofo marxista húngaro quien buscó ahondar en las consecuencias ideológicas del fenómeno analizado por Marx del “fetichismo de la mercancía”, por medio del cual se produce el ocultamiento de sus condiciones de producción, propias del sistema capitalista (Lukács; 1969). Así, Honneth señala que la reificación se da al interior del sujeto y tiene que ver con una dificultad de reconocer los afectos, sensaciones y deseos. Afirmo el autor que “no percibimos nuestros estados mentales como simples objetos, ni los constituimos por medio de nuestras declaraciones, sino que los articulamos en conformidad con lo que nos es internamente familiar en cada caso” (Honneth, 2012, p. 120). Esta familiaridad está marcada por el proceso de socialización y los sentidos instituidos acerca de la afectividad, desde el uso del lenguaje hasta las prácticas que movilizan determinadas emociones.

Podemos resaltar asimismo que en esta problemática se basa la violencia de interpretación, trabajada por Piera Aulagnier, en la que se entiende la dificultad de traducir al lenguaje verbal lo correspondiente a la afectividad. En este sentido, lo afectivo constituye la forma originaria en que el sujeto crea sentido: representaciones que Aulagnier define como pictogramas, y que constituyen su primera forma de incorporar una forma de comprender el

mundo. Con la intervención del otro y la incorporación del idioma, dicho lenguaje de lo afectivo se ve acotado según las categorías de cada lengua (Aulagnier, 2001; Ferme, 2011). Es así como por medio de la cultura y sus significaciones operantes que el sujeto aprende a reconocer sus sensaciones y a asociarlas con reacciones que oscilan entre lo instintivo y lo socialmente permitido.

En esta línea, se pueden identificar costumbres, rituales o usos institucionalizados que posibilitan la autoreificación de los sujetos. Honneth destaca a las de autopresentación de las personas: “todas las instituciones que de manera latente fuerzan al individuo solo a simular determinadas sensaciones o a fijarlas con carácter conclusivo, fomentan una disposición para cultivar actitudes autoreificantes” (Honneth, 2012, p.144) y señala específicamente las entrevistas laborales y los chats de encuentros amorosos como prácticas donde se evidencia el fenómeno. El autor está remarcando un déficit en el autoconocimiento de la propia subjetividad de explorar los sentimientos y articularlos con la dinámica del lenguaje; una especie de bloqueo del vínculo afectivo que no solo se da respecto de un otro, sino de uno mismo primordialmente cuando se desenvuelve en una práctica en la que se busca obtener un objetivo extremadamente deseado, al punto de anteponerse al reconocimiento del otro y del propio yo.

El ejercicio de pensar las implicancias de la idea de autoreificación en nuestro presente, principalmente haciendo foco en el incremento de horas diarias que pasamos “en la virtualidad”, nos conduce a reflexionar acerca del proceso de construcción de un perfil, en tanto representación del sujeto en el mundo digital, en plataformas diseñadas, algunas en mayor o en menor medida, a la búsqueda de objetivos concretos, siempre vinculadas a deseos propios en tensión con el reconocimiento del otro.

La introducción a la idea de autoreificación nos permite comprender en cómo se da el propio reconocimiento del sujeto, que Honneth caracteriza como falta de distinción del afecto. La idealización que explica Goffman, inherente a las prácticas de autopresentación, conlleva una conceptualización pasible de ser forzada por la búsqueda del reconocimiento al adherir a ideales sociales que se imponen al deseo, a veces no del todo consciente, del sujeto. Es en este escenario que el sujeto muestra lo mejor de sí en función de ser reconocido por el otro, lo que no implica que, por más que se de por la vía digital, el sujeto se esté autoreconociendo en la complejidad de su plano afectivo. Y en este sentido es fundamental resaltar la prestancia que tienen las redes a poder manipular la presentación del sujeto en función de a quién se exhibe.

No hay que olvidar que la autorepresentación que uno hace en el plano digital se da bajo la lógica de determinado objetivo al que apunta una plataforma (ocio, debate, encuentros) o buscando una reacción específica por parte del otro. Un otro, al que se accede, al fin y al cabo, por medio de una digitalización, una segmentación de sí en una serie limitada de

variables. La búsqueda de un objetivo, o la forma de reconocimiento que provee estandarizada cada plataforma, está contemplada por Honneth como una potencial reificación del otro, al anteponer la obtención de dicho objetivo al reconocimiento afectivo del otro.

En el plano personal, al interior del sujeto, este tipo de vínculos puede llevar, en el marco de la sociedad contemporánea, a una posible interpretación fallida del deseo propio, que el sujeto percibe, como expresa la frase citada de Honneth, según lo familiar, el marco cultural que nos provee el proceso de socialización, como también a una percepción difusa del otro y su deseo, mediado en gran parte por el lenguaje visual.

Hoy en día, y sobre todo en el contexto pandémico, las aplicaciones y redes sociales son parte de la cotidianidad de millones de personas, proporcionando soluciones concretas a requerimientos diarios. En este sentido, cada una ofrece la posibilidad al usuario de cumplir un objetivo. Pero muchas veces, dicho objetivo responde a una necesidad impuesta por la cultura, como sucede con los ideales de éxito, que moldean la forma en que se accede al objetivo, de la que las aplicaciones y redes no están ajenas. Es en este contexto que el autoconocimiento muchas veces se ve obstaculizado por objetivos impuestos por la cultura, que pueden estar alejados o ser muy distintos del deseo propio al que buscamos acceder.

Para finalizar, queremos señalar que la intención que tenemos retomando estos conceptos es reflexionar sobre las implicancias que pueden conllevar la virtualización de un conjunto de prácticas cotidianas que dio lugar la pandemia. El trastocamiento de los límites entre lo público y lo privado ha sido una consecuencia de la mudanza a las arquitecturas digitales, sistemas de representación bajo los cuales los sujetos se han tenido que autorepresentar en tensión con la mirada del otro. Tanto reificación como autoreificación surgen así como posibles facetas de estas prácticas, sobre las cuales es necesario detenerse a pensar en el modo en que se dan, teniendo en cuenta que en ellas se juega el reconocimiento de lo que se cree ser, aún en un contexto incierto.

3. Las narrativas del yo en la mediación digital

Convivimos hoy con múltiples miradas del otro, aún sin saberlo, que nos condicionan a la hora de decidir cómo mostrarnos, qué queremos decir de nosotros y de lo que nos identifica. Esta exposición muchas veces es motivo de opinión del otro, que desde la distancia o el anonimato puede criticar o rechazar nuestras posturas sin perjuicio alguno. “No es preciso, por lo tanto, hacer un salto a lo posmoderno para llegar a la conclusión de que el Yo también es el Otro”, señala Jerome Bruner en su trabajo acerca de cómo el yo se compone de distintas narrativas (2003), que forman parte de la cultura y que son públicas, de modo que las identificaciones también lo son.

“Hablar a los demás de nosotros mismos no es cosa simple. Depende, en realidad, de cómo creemos nosotros que ellos piensan que deberíamos estar hechos. Nuestros relatos creadores del Yo muy pronto reflejan el modo en que los demás esperan que nosotros debemos ser”, añade Bruner (2003) y nos lleva a pensar en la convivencia con la mirada del otro que mencionábamos anteriormente para las redes sociales.

Nuestro “pacto biográfico” con nosotros mismos, es decir, los relatos bajo los cuales nos definimos e imaginamos qué es lo posible, es un hecho público que compartimos culturalmente con nuestros pares y que hoy, en el caso de muchas personas que eligen hacerlo, es visibilizado en perfiles personales que exhiben narraciones públicas del yo.

En esta subjetividad escindida entre el adentro y el afuera, y en línea con los planteos de Honneth, la cultura se ofrece como un terreno común para saber qué se espera de nosotros, así como también un saber acerca del campo de lo posible. Las distintas narrativas que componen el acervo cultural de una sociedad nos sirven para dar forma y sentido a nuestra cotidianidad; nos permiten identificar e interpretar la realidad y sus elementos, así como también nos acercan a una definición del Yo (Bruner, 2003).

Así, convivimos constantemente con inconvenientes a superar, y el camino puede estar en algún relato que conocemos o que podemos encontrar, conformando así una narrativa propia, que como señala Bruner “es una dialéctica entre lo que se esperaba y lo que sucedió” (2003). Del mismo modo, el carácter cultural de la narración genera una “comunidad de interpretación”, es decir, una comprensión de parte de nuestros pares, como también de lo que se espera de nosotros y de lo posible, que nos lleva a poder concretar nuestros proyectos, al evitar esperar hechos imposibles.

En este marco, los avances de tecnologías algorítmicas en redes sociales muchas veces terminan recayendo en la construcción de perfiles de usuarios que teorizan como estables, cuando no siempre el entrecruzamiento de datos logra dar con las circunstancias que rodean a la acción y al dato generado, ni mucho menos con la complejidad de la subjetividad. En función de esa lectura que el algoritmo hace de nosotros, la plataforma nos ofrece distintos contenidos que categoriza como afines a nosotros, muchas veces sin tener en cuenta el dinamismo del yo y su definición identitaria. “Llamar “personajes” a nuestras múltiples voces interiores es quizás una exageración literaria. Pero ellas están y se hacen oír, tratan de arribar a un acuerdo entre sí y, de vez en cuando, disputan”, explica Bruner (2003) apuntando a la pluralidad de narrativas que pueden convivir en un sujeto y que pueden resultar a veces inabarcables para el algoritmo.

En este sentido, las redes sociales habilitan la posibilidad de expandir aún más esa pluralidad por medio de la multiplicación de espacios, de arquitecturas más íntimas o más públicas, que permiten experimentar las distintas facetas del yo. “Una construcción narrativa del yo de un alcance considerable tratará de hablar en nombre de todas; pero nosotros ya

sabemos que no existe una sola buena historia para todos los usos que sea capaz de hacerlo. ¿A quién se la narran, y con qué finalidad?” (2003), se pregunta el psicólogo, y pensando en las distintas plataformas digitales en las que se desarrolla buena parte de nuestra cotidianidad, podemos resaltar que también narramos nuestros relatos a distintos públicos, distintas miradas, presuponiendo distintas expectativas para lo que queremos contar.

En esta línea, entonces, nos preguntamos qué consecuencias pueden traer a nuestras capacidades narrativas el uso cotidiano de dispositivos regulados algorítmicamente, el vínculo con nuestros pares mediado por la *big data* o el contacto con el otro por medio de su representación en un perfil, como vimos a través de la reificación en Honneth. Hemos incorporado estas tecnologías a nuestra vida diaria sin preguntarnos en sus implicancias, y hasta cabe la posibilidad de que sus creadores tampoco lo hayan hecho, guiados por el relato de la innovación.

Las nuevas generaciones crecen, se desarrollan y construyen una sociedad donde las y los sujetos se vinculan por medio de plataformas y dispositivos digitales en una tendencia creciente. La intimidad y el yo están cada vez más expuestos y mediados por los dispositivos, los cuales, desregulados, dependen en sus arquitecturas de las empresas que los explotan. Así, la lógica algorítmica está cada vez más presente en nuestras prácticas cotidianas y en nuestra construcción identitaria.

En este punto conviene retomar la distinción que Bruner hace de pensamiento paradigmático, como el que “se ocupa de verificar las proposiciones bien formuladas acerca de cómo son las cosas”, y uno narrativo, dirigido “hacia el mundo” en un modo subjuntivo, es decir “no hacia cómo son las cosas, sino hacia cómo podrían ser o haber sido”(2003). Estos dos modos conviven en el sujeto y en la dialéctica cultural, en una lógica comparable al principio de realidad y del placer en la teoría de Freud, es decir, haciendo oscilar al sujeto entre las condiciones objetivas y la imaginación movilizada por el deseo. Pero, entonces, cabe preguntarnos en línea con los avances de la *big data* y la lógica algorítmica en nuestra vida cotidiana, qué sucede entonces cuando un pensamiento prima por sobre otro. Más precisamente, cómo el algoritmo puede jugar en el límite entre la realidad y lo que podría ser, como lo hace por medio de la proposición de compra constante de productos segmentados para uno.

Una injerencia cada vez mayor de esta lógica probabilística puede generar un “encorsetamiento” o al menos una orientación constante de las narrativas del yo. En un concepto vinculable con la reificación, Bruner habla de una afección de las capacidades narrativas del yo: la *dysnarrativa* afecta así tanto la capacidad de relatar como de comprender historias. Esto trae aparejado serias consecuencias intersubjetivas, al imposibilitar la comprensión de narrativas ajenas y al no poder constituir una propia, en

grave perjuicio de la conformación identitaria. “La construcción de la identidad, parece, no puede avanzar sin la capacidad de narrar. Una vez dotados con esta capacidad, podemos producir una identidad que nos vincule con los demás, que nos permita volver a recorrer selectivamente nuestro pasado, mientras nos preparamos para la posibilidad de un futuro imaginado”, afirma Bruner (2013).

Podemos señalar a partir de estas ideas la complejidad de la constitución subjetiva en los procesos de transformación que vivimos. La progresiva virtualización de la cotidianeidad se ha visto profundizada por la pandemia y las lógicas de funcionamiento de las arquitecturas virtuales, como también los modos de representación intersubjetiva que propone, son factores a tener en cuenta para pensar en la constitución de un yo en un escenario cambiante. Asimismo y en este contexto, la construcción de narrativas propias o la posibilidad de una experiencia de interpretación de los afectos propios está marcada por la transformaciones de las condiciones objetivas como también por los modos de encuentro con el otro y sus narrativas, que forman parte de la cultura.

Valoramos en este sentido el concepto de narrativa por incluir esa tensión entre el presente y las expectativas, en su reinterpretación constante del pasado. Su carácter cultural nos conduce también a pensar en lo colectivo y la posibilidad de construcción de relatos en común, hoy ubicables en la encrucijada de las restricciones, tanto de circulación como económicas que afectan a la mayoría de la ciudadanía argentina, y las perspectivas a futuro que cada individuo se plantea para sí.

4. La preservación de la subjetividad en tiempos de crisis

Para reflexionar acerca de las tensiones entre condiciones objetivas de existencia y subjetividad, los aportes de Silvia Bleichmar en lo que respecta a la distinción que hace entre autoconservación, referente a la vida biológica, y autopreservación, comprendiéndola como “forma mediante la cual el sujeto preserva la representación nuclear de sí mismo, bajo los modos de tensión narcisista que lo hacen plausible de ser amado por sí mismo, en su relación con las identificaciones y los ideales” (Bleichmar, 2001), permite dimensionar cómo hay actos que responden a necesidades de la propia subjetividad, que muchas veces pueden entrar en tensión y hasta anteponerse a los requerimientos vitales del organismo.

Asimismo, ambas nociones resultan interesantes para poder observar, como bien hace la autora, el modo en que el capitalismo, en sus modelos tendientes al libre mercado, desgasta y desintegra los distintos lazos sociales entre los sujetos y las instituciones de sentido a las que se aferran, reduciendo la vida a la autoconservación, es decir, la subsistencia del organismo. La preservación de la subjetividad está ligada indefectiblemente a la cultura y las distintas representaciones con las que conviven los sujetos, ya sea incorporándolas o rechazándolas.

Como sostiene Bleichmar, existe una incidencia importante, en esta línea, del contexto político-económico, que condiciona la cultura y el flujo de significaciones a partir del cual los sujetos construyen sentido e identificaciones. En esta línea, la pandemia y las medidas preventivas de contagio, sean voluntarias y obligatorias, han generado a nivel global un freno de las economías con caídas históricas de los productos brutos. Su correlato a nivel microeconómico es el deterioro del poder adquisitivo, el acotamiento o la pérdida de ingresos, y la consiguiente alteración de las prácticas cotidianas, también llamada “reconversión” en el último año en materia laboral. En este clima de fragilidad de las instituciones sociales, sean empresas, locales, clubes o espacios de reunión, se vuelve cada vez más difícil el desarrollo de identificaciones comunes, por lo que el otro deviene progresivamente más lejano e incomprensible.

En este sentido, la necesidad de supervivencia en un contexto de caída del poder adquisitivo hace que se altere la relación armónica entre autopreservación y autoconservación, de manera que el sujeto debe optar entre la satisfacción de sus necesidades básicas y el mantenimiento de las representaciones que sostienen el sentido de la existencia subjetiva. Es en este contexto donde surgen manifestaciones, expresiones en clave afectiva que tienen que ver con el trastocamiento de las fuentes de identificación, acentuadas en una época en la que el mercado ha acaparado un gran margen de influencia en las instituciones y sus significaciones imaginarias sociales.

El quiebre que la pandemia ha provocado en los mecanismos de autopreservación instituidos a nivel cultural significa la imposibilidad para millones de ciudadanos de cumplir sus expectativas subjetivas en un contexto adverso por causas inéditas. Cabe destacar que, en términos de Bleichmar, la autopreservación devenida autoconservación (2001) introduce al sujeto en una posición de defensa de lo que cree ser, tarea por demás dificultosa cuando implica tener un alto poder adquisitivo en tiempos de crisis.

En esta línea, podemos sumar también el concepto de “cruel optimismo” que trabaja Laurent Berlant (2012), el cual establece un valioso puente con el psicoanálisis para avanzar en la comprensión del tipo de lazo que se construye entre el sujeto y el deseo en la cotidianidad, en el marco de acumulación de riqueza actual. El sostenimiento de un vínculo con un objeto problemático cuya pérdida conlleva terminar “con toda capacidad para tener esperanza en cualquier cosa” (Berlant, 2012), es lo sintetizado bajo el nombre de “cruel optimismo”, idea de gran potencial para comprender las implicancias afectivas de los sujetos que experimentan las condiciones inestables del mundo actual.

Así, en este marco, la defensa de la subjetividad ha encontrado distintos “chivos expiatorios” para justificar el quiebre de expectativas. Cuando la pérdida de la satisfacción del ideal de progreso personal se vuelve tan sensible para la subjetividad, podemos ver el surgimiento de reacciones afectivas, como es la adhesión a discursos negacionistas o de odio.

Así, es probable que para las narrativas autobiográficas que justifican sus condiciones de existencia en base al esfuerzo y el mérito personal haya resultado inconciliable la llegada de un elemento ajeno que frustrara sus objetivos. De más está decir que las decisiones políticas en torno a la pandemia son materia de discusión y que no existe un punto de vista objetivo desde el cual evaluarlas, pero el surgimiento de movimientos a nivel global que niegan hasta la existencia del virus es una señal de que se trata de reacciones afectivas en su sentido más primario. Esto nos habla de construcciones subjetivas del capitalismo actual basadas en narrativas del emprendedurismo o el *self-made man* como modelo de éxito que pueden tener como contracara la imposibilidad de aceptar decisiones políticas o colectivas que vayan contra sus intereses. De este modo, se desarrollan identificaciones centradas en la auto-realización, sintetizadas en identidades estáticas y resistentes a cuestionamientos del otro, que pueden rechazar el hecho de reconocerse como parte del conjunto social; de esta manera, pueden volverse muy conflictivas para la vida democrática y el desarrollo de proyectos colectivos, sobre todo cuando la autopreservación deviene autoconservación.

5. La dimensión práctica ante las crisis

La pandemia en tanto coyuntura adversa se tradujo en una modificación forzada de las rutinas de millones de personas, una ruptura de hábitos que condujo a numerosos ciudadanos a llevar adelante prácticas que no acostumbraban, y que en cierta forma habilitaron otras visiones y reflexiones sobre la vida cotidiana. Para pensar en las implicancias de estos procesos, retomar el trabajo de Ana María Fernández y sus colaboradores en Política y Subjetividad nos puede brindar un panorama clarificador desde la comparación de contextos de crisis, como fueron los meses posteriores al 2001 en el país y el actual contexto pandémico.

El análisis de Fernández muestra cómo el auge de las asambleas barriales sumergió a los vecinos de la clase media porteña en una serie de prácticas en una “lógica situacional” de emergencia y de necesidad de colaboración conjunta, que habilitaron nuevas reflexiones acerca de lo público, lo privado y la política (Fernández, 2011). “En nuestro criterio, estos procesos autogestivos presentaron -al menos en sus inicios- la particularidad de formar parte de estrategias de supervivencia más que de voluntades políticas de transformación radical de la sociedad. Desde allí han alterado -situacionalmente- las naturalizaciones de sentido de la representación política y de las economías y organizaciones fabriles, también han subvertido la vida cotidiana de sus protagonistas. Podría decirse que en tal sentido, son experienciaros, alimentaron sus formas de autogestión y una y otra vez pueden volver a los instituidos que intentaban derribar. He allí su complejidad, su riqueza y sus límites” (Fernández, 2011).

Así señalan Fernández y sus colaboradores el modo en que el contexto adverso no siempre significa un cambio de sentido en el pensamiento de los sujetos acerca de instituciones fundamentales, como puede ser el Estado, por ejemplo. “(...) Cuando las acciones políticas operan preponderantemente desde una lógica de la multiplicidad, tienden a establecer situaciones más que a fundar instituciones, y en su andar y accionar van inaugurando otros modos territoriales de estar-hacer-habitar que configuran un tipo particular de prácticas y subjetivaciones que hemos denominado existenciaros, aludiendo a las particulares marcas que estas experiencias dejan en quienes participan en ellas”, especifican los autores, en cuyas palabras podemos destacar la noción de “lógica de la multiplicidad”, como una de las tantas en las que se vieron inmersos los sujetos en sus experiencias de asambleas y autogestión durante la crisis.

Es este carácter situacional (que Fernández describe en tensión con la lógica de institución) lo que nos sirve de ejemplo para observar cómo no siempre las prácticas desarrolladas en contextos disruptivos, respecto de los hábitos de los sujetos, significan replanteos y cambios en las significaciones que ordenan su pensamiento y su existencia en el mundo. El 2001 encontró unidos a los ciudadanos más carenciados con quienes experimentaban súbitamente la escasez de recursos para cubrir necesidades básicas; sus experiencias se vieron unificadas por el rechazo a la clase política que por medio del mal ejercicio de sus funciones les estaba negando la supervivencia, a los más pobres, y el progreso a los más pudientes. Cuando el cuerpo gubernamental recobró su orden y comenzó a hacerlo extensivo al funcionamiento diario de la sociedad, las pretensiones de ambos sectores tuvieron el comienzo de una satisfacción, de manera que la dinámica social fue volviendo a sus formas previas a la crisis: los cortes de calles por protestas empezaron a ser molestos para los ciudadanos de clase media, a la vez que los planes sociales por parte del Estado garantizaron el sustento y el trabajo para amplios sectores que se veían representados por los movimientos sociales.

La experiencia de la crisis del 2001 y trabajos como el de Fernández acerca de las maneras en que las subjetividades afrontan los contextos disruptivos nos permiten trazar un puente teórico para reflexionar en cómo la pandemia, en tanto momento excepcional de quiebre de prácticas cotidianas, puede generar transformaciones subjetivas y de qué tipo. Así, pensar la subjetividad en su dimensión situacional, del mismo modo que podemos hacer lo propio con el concepto de identidad en su naturaleza dinámica y de constante devenir, habilita la observación de las prácticas emergentes en coyunturas específicas desde una mirada diacrónica, que pueda evaluar realmente su condición de caso de transformadora.

En esta línea, podemos remontarnos a pequeños ejemplos de abril de 2020, donde en Capital Federal y algunas ciudades los vecinos salían al balcón a las 9 de la noche para homenajear al personal de salud; práctica que no duró más de tres meses y que entra en

sería contradicción con las múltiples marchas y movilizaciones que se fueron desarrollando contra las restricciones a la circulación, que tenían como objetivo explícito no saturar el sistema de salud y su personal. También podemos recordar la tapa de los diarios del 19 de marzo de 2020, en unidad bajo el eslogan “Al virus lo frenamos entre todos”, como las conferencias conjuntas de Alberto Fernández, Axel Kicillof y Horacio Rodríguez Larreta, o distintos gestos solidarios a nivel microsocioal para cuidar la sanitización de los espacios comunes o para evitar salir a la calle haciendo compras conjuntas. En suma, una serie de experiencias situacionales que suspendieron tensiones políticas y sociales por un corto lapso de tiempo, algunos meses, pero que no tardaron en recobrar su forma instituida.

Señalamos de esta manera el carácter efímero de distintos actos surgidos en las lógicas de la multiplicidad, que con la vuelta a algunas formas de la normalidad o con la simple prolongación en el tiempo pierden su fuerza contra la costumbre, lo instituido, la creencia hecha cuerpo que persiste a lo contingente. Así, las prácticas emergentes en contextos de crisis como la pandemia del COVID-19, movilizadas por las restricciones a la circulación y la crisis económica desencadenada por el freno de distintas actividades productivas, pueden desvanecerse con el paso del tiempo y la desaparición de las lógicas que las impulsaron.

6. Reflexiones finales de un presente incierto

Como señalamos en la introducción de estas líneas, muchas reflexiones aquí volcadas corren riesgo de perder con rapidez el contexto bajo el que fueron pensadas. El avance de la campaña de vacunación en la Argentina invita en este momento a imaginar una fecha final para la pandemia en el país, pero la mutación del virus y sus distintas cepas amenazan con imposibilitar ese objetivo. De todas formas, hoy en la Ciudad de Buenos Aires se está retomando progresivamente la normalidad de las actividades, con la vuelta de las clases para colegios primarios y secundarios y el cercano final de la restricción del transporte solo para trabajadores esenciales.

Probablemente algunas prácticas sobrevivan en esta nueva etapa. Muchas empresas han mudado su actividad a la virtualidad, en la modalidad de *home office* en la que el trabajador termina asumiendo en numerosos casos los costos del mantenimiento del espacio de trabajo: una inversión que el sector empresario se ahorra y que permite pensar en la sustentabilidad de la actividad. Asimismo, en algunas familias la mayor cantidad de tiempo disponible en el hogar ha impulsado cambios en la alimentación, con tendencias orientadas al consumo de orgánicos por sobre los procesados.

Como hemos desarrollado, virtualidad y restricción se han combinado para dar forma a nuevas prácticas emergentes. Repasamos posibles implicancias de la digitalización de lazos sociales, como ha sucedido respecto del familiar, el laboral, las amistades o la vida sexo-afectiva, del mismo modo que la actividad comercial ha visto el boom del *e-commerce*.

En esta línea, la despersonalización latente en el uso de lo digital y su configuración del vínculo intersubjetivo permiten imaginar una pérdida de la presencia inmediata, del cuerpo del otro, en muchas de estas prácticas, en lo que nos habla asimismo de nuevas formas de construcción de lo común y de desarrollo de narrativas autobiográficas.

Así y todo, el plano subjetivo de la experiencia virtual y de la restricción también nos ubica en las tensiones de la autoconservación y la autopreservación, y en este sentido, es esperable que una vez terminadas las limitaciones de circulación, de peligro de contagio y restablecidos ciertos niveles del poder adquisitivo en sectores perjudicados, se produzca un retorno a las formas ya instituidas de identificación, muchas veces mediadas por el consumo. Los objetos de deseo instituidos y las vías de satisfacción han demostrado en varias ocasiones ser resistentes a los momentos de crisis, y la “vuelta a la normalidad” que estamos viviendo invita a pensar y observar justamente esta prevalencia que tienen por sobre prácticas propias de las lógicas situacionales.

El análisis de procesos tan recientes y en desarrollo dificulta seriamente las conclusiones acerca del porvenir, sin embargo, los estudios acerca de la subjetividad en contextos de crisis nos permiten trazar hipótesis acerca del modo en que pueden ser asimiladas las transformaciones provocadas por la pandemia. En el medio, la digitalización y virtualización de numerosas prácticas cotidianas se ha acelerado, de manera que podemos esperar una agudización de las consecuencias que venía mostrando a nivel social, que son todavía materia de discusión.

7. Bibliografía

Berlant, L., (2012). Optimismo cruel. Debate Feminista, 45.
<https://doi.org/https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2012.45.899>

Bleichmar, S. (2001). Losers y winners, entre la excusa y la justificación, Revista Topia.

Bruner, J (2003), La Fábrica de Historias, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Colomina, B. (2010), Privacidad y publicidad: la arquitectura moderna como medio de comunicación de masas, CENDEAC.

Ferme, F. et. al. (2018). Sobre la constitución de la subjetividad: coexistencia de los sentidos, la afectividad y la reflexión. En H. Lewin, N.Dallorso y M. Di Virgilio (Coords.), Recorridos en investigación II (pp. 299-306). Buenos Aires.: Fac. Cs. Soc., UBA.

- (2011) «La afectividad en la constitución de la subjetividad y las prácticas: el proyecto de autonomía», En Anuario de Investigaciones, Facultad de Psicología –UBA Buenos Aires.

Fernández, A. (2011). Política y Subjetividad. Biblos. Buenos Aires.

Goffman, E. (2003) La presentación de la persona en la vida cotidiana, Buenos Aires, Amorrortu.

Honneth, A. (2012), Reificación, Katz Editores, Buenos Aires.